

BOLETIN



ECLESIASTICO

DEL

Obispado de Astorga.

SECRETARÍA DE CÁMARA.

Han vacado y deben vacar tan pronto se posesionen de los Beneficios con que han sido agraciados los propuestos á S. M. en la primeraterna, los curatos que á continuacion se espresan:

De segundo ascenso: Morales de Rey. *De primer ascenso:* S. Martin del Bollo, Villamartin de Valdeorras, y Salas de los Barrios. *De entrada:* Entrepeñas, Castrillo de las Piedras, Burgo de Caldelas, Faramontanos de la Sierra, Villameca y Donillas, Santa Leocadia del Sil, Pereda de Ancares, Pobladura de la Sierra, Valderey y Matanza, Rozas y Villarino, Tombrio de Abajo, Rabanal Viejo, Villamartin del Bierzo, y Laguna de Negrillos. *Rurales de 1.ª clase:* Manjarin y Labor de Rey, Espino y Curra, El Acebo, y Onamio. *Rurales de 2.ª clase:* Faro, Moral de Valcarcel, Santa Lucia de Peñalba, Castro de Sanabria, Omañuela, y Villarino de Cabrera.

Lo que de orden de S. S. I. el Obispo, mi Sr. se anuncia en este Boletín para que estiendan á ellos su firma los Señores Opositores que lo tengan por conveniente, debiendo verificarlo en término de 30 dias, contados desde la fecha. Astorga 14 de Abril de 1860.—Lic. Joaquín Palacio, Canónigo Secretario.

EL SUMO PONTIFICE PIO IX.

Cuanto mas elevada es la dignidad del hombre, hablando generalmente, mas penosa es su vida. Por lo comun, se cree todo lo contrario; pero no es menos cierto que es mas amarga la vida de las personas de elevada posicion. Hay menos libertad en el palacio de los principes, que en las bohardillas de los jornaleros.

La mas grande dignidad que puede haber en este mundo, es, sin disputa, la del Papa. El Papa es gran Sacerdote de Dios, Jefe supremo de la Religion sobre la tierra, Obispo y Pastor de todos los fieles, padre espiritual de los monachos y de sus súbditos. Asi, no hay quien lleve una vida mas trabajosa que el Papa de mas fatiga, y mas penosa ni mas dificil. Desde la mañana hasta la noche, y desde el primero hasta el último dia del año, es, literalmente, el esclavo de su sublime deber y *el siervo de los siervos de Dios* como se titulan los Sumos Pontifices en sus Bulas y decretos.

Quizás tengais, queridos lectores, curiosidad para saber en que pasa el dia el Papa. Nuestro Santo Padre Pio IX, es un hermoso y magestuoso anciano, de alta estatura, de dulce y grave rostro, de voz simpática y sonora. Habita en Roma en un inmenso palacio llamado el Vaticano unido á la basilica de S. Pedro. Las vastas salas del Vaticano están adornadas con grandeza y sencillez: las paredes están uniformemente cubiertas de colgadura encarnada, y esceptuando el trono pontifical, no se ven allí mas asientos que bancos de madera. Despues de una larga serie de salas, ocupadas primero por los guardias y la servidumbre, despues por los diferentes Prelados que componen la

familia del Papa, se llega á las habitaciones particulares de Su Santidad.

Estos departamentos son pequeños, y aun mas sencillos que los otros. El primero es el gabinete de trabajo del Santo Padre. En él da, durante el dia, las numerosas audiencias de que luego hablaremos. El Papa está sentado en un sillón de madera dorada y terciopelo encarnado. Delante tiene una gran mesa cuadrada, cubierta de seda encarnada, igual á los tapices de las paredes, y encima del asiento hay un dosel del mismo color: para los Cardenales y príncipes hay taburetes y ademas dos ó tres sillas de madera: tal es el mueblaje de este gabinete.

Esta primera pieza comunica con una segunda, igual á la primera hasta en su magnitud, con la unica diferencia que en el fondo hay una cama con una colgadura de seda encarnada. Este es el cuarto de dormir del Papa. Despues viene otro cuarto siempre con el mismo mueblaje: es el comedor. El Santo Padre come siempre solo, en una mesa cubierta con un tapete de seda encarnada, como la de su gabinete de trabajo. Por fin viene la biblioteca, que es una grande y hermosa sala con cuatro ó cinco ventanas, y en la que el Papa celebra generalmente su Consejo de ministros.

El Papa está siempre vestido de blanco, lleva un solideo de se-

da blanca: su sotana es de paño blanco, en invierno: por el verano es de lana ligera ó seda blanca. Su ancha faja es tambien de seda blanca con bellotas de oro. El calzado, al cual se le ha conservado el antiguo nombre de *mulas*, es de color encarnado con una cruz de oro bordada sobre el empeine; esta cruz es la que besa todo el que se aproxima à la persona sagrada del Viario de Jesucristo.

Cuando sale de sus habitaciones el Papa, se pone sobre su sotana un roquete de encaje, una muceta encarnada, guarnecida de pieles blancas, y en fin, una estola bordada de oro.

Su sombrero va forrado de seda encarnada, un poco levantado por los lados, como el de los curas en nuestro pais, y adornado con unas borlitas de oro. El uso de la corte pontificia no permite que salga por las calles de Roma sino en coche. En saliendo de la ciudad da con frecuencia largos paseos, deteniéndose para hablar à los pobres y los niños con mucho placer y dando su santa bendicion à todos los que encuentra. Desde que se ve al Papa, toda la gente se descubre y se pone de rodillas, en testimonio del respeto debido à su carácter de Sumo Pontífice.

El Santo Padre se levanta temprano, y despues de sus oraciones, pasa à la capilla à decir Misa. Esta capilla es pequeña, y

está pròxima à la habitacion del Papa. El Santísimo Sacramento está siempre reservado en ella, y Pio IX, llevado de su devocion à la Sagrada Eucaristia, cuida por si mismo de las lámparas, que arden de continuo ante el tabernáculo. El Papa Pio IX celebra la Misa muy despacio, y con mucha reverancia: muchas veces su augusto rostro se baña de lágrimas mientras tiene entre sus manos sagradas al Dios que alli está oculto, y de quien es Vicario. Generalmente dice la Misa à las siete y media, y mientras da gracias oye otra segunda Misa, celebrada por uno de sus capellanes. Despues reza de rodillas con uno de los prelados de la casa, una parte de las horas canónicas por su Breviario, y entra en sus habitaciones.

El desayuno del Papa consiste en una taza de café nada mas. Conocida es la sobriedad italiana, y esta es la primera comida de casi todos los romanos. Hasta eso de las diez trabajo todos los dias el Santo Padre con su primer ministro, que lleva el nombre de secretario de Estado. Está principalmente encargado de la administracion temporal de los Estados de la Iglesia. A las diez empiezan las *audiencias*, ocupacion penosa, y que esria muy molesta si en ellas no se tratase de las mas importantes cuestiones y de los intereses mas graves de la Religion y de la sociedad. De todos los puntos del



globo vienen cardenales, obispos, principes, embajadores, misioneros, sacerdotes y fieles que esponen á los piés del Jefe de la Iglesia sus peticiones, sus homenajes ó sus necesidades. El Papa, está sentado todo este tiempo: delante de él se está ó de rodillas, ó en pie, si lo permite. Los Cardenales y los príncipes tienen el privilegio de sentarse sobre los taburetes de que hablamos antes. Al entrar en el gabinete del Papa, se hacen tres genuflexiones; la primera, en el dintel de la puerta; la segunda á la mitad del trecho, y la tercera á los piés del Papa. Se besa su pie ó su mano, y empieza entonces la audiencia. Luego que se ha concluido, el Santo Padre toca una campanilla y uno de los prelados de servicio anuncia é introduce á otra persona. En las habitaciones del Papa solo entran hombres: es una regla invariable. En cuanto á las señoras, las recibe en audiencia una ó dos veces por semana, en una gran sala, que forma parte de los museos públicos del Vaticano.

Las audiencias de la mañana duran generalmente mas de cuatro horas seguidas. Luego que han terminado á eso de las dos ó dos y media, pasa el Papa al comedor, y toma una comida frugal. Reza despues tambien de rodillas la continuacion del oficio divino, en su breviario: y despues de algunos instantes de reposo, sale en coche para hacer ejercicio. Muchas

veces el Papa toma por término de su paseo algun santuario venerable, en el que se celebra alguna fiesta, algun hospital, ó alguna cárcel. Cuando hace mal tiempo, el Santo Padre se contenta con dar algunas vueltas por su biblioteca ó en alguna de las galerias cubiertas del Vaticano. Al anochecer, al *Ave Maria*, vuelve al Vaticano, reza con su séquito la salutacion angélica, y aña le el *De profundis* por todos los fieles del mundo muertos en aquel dia. Le presentan al Papa los documentos que ha de firmar; se proponen á su decision última los decretos de las diversas congregaciones romanas que comparten el exámen de los negocios religiosos de todo el mundo católico. Estas audiencias duran tambien hasta las diez ó once de la noche: despues el Santo Padre hace una ligera colacion, compuesta de algunas frutas y legumbres, termina el rezo de su breviario, y se retira á tomar algunas horas de descanso, tan santa y laboriosamente ganado.

Tales son, salvas raras excepciones, los dias del Papa. Tal es su vida, á pesar de los honores que le rodean: estos mismos honores le constituyen en una continua sujecion; y en una continua renuncia de si mismo. Asi, cuando el Sumo Pontífice entra en los caminos de Dios, como lo hace nuestro Santo Padre el Papa actual, el piadoso y admirable Pio IX.

su vida merece, mas que ninguna otra, la grande y bienaventurada recompensa prometida al siervo fiel. *(Lecturas populares)*

NOTICIAS DEL OBISPADO.

El Lic. D. Juan José Fernandez, se posesionó ayer de la canongia con que S. M. la Reina (q. D. g.) se ha dignado agraciarse en esta santa apostólica iglesia.

El Sr. D. Miguel Arias Rodriguez, párroco de Villamartin, y electo y colacionado de Toral de los Bados, ha sido nombrado beneficiado de esta misma santa apostólica iglesia.

La Gaceta de 8 del corriente publica como ley del Estado el Convenio adicional al Concordato de 1851, firmado en Roma en 25 de Agosto de 1859 y ratificado en 7 y 24 de Noviembre, cuyo literal contesto se insertó en los números 380 y 381 de este Boletín, correspondientes al 19 y 26 de Enero próximo pasado; razón por la que no le reproducimos hoy.

El 29 de Marzo último por orden del Sumo Pontífice se fijó en las principales basílicas y en los parages mas públicos de Roma, la Bula de escomunion contra el gobierno piomontes y contra todos los que han tomado par-

te, directa ó indirectamente, en la anexion de la Romania á los Estados Sardos.

CONFERENCIAS

DEL P. FÉLIX,

de la Compañia de Jesus.

CONFERENCIA PRIMERA.

(Continuacion.)

Caminaria devorando á cada paso sus propios engendros; pero ¿qué digo? se devoraria á si mismo, y la humanidad, cortada en fragmentos, perderia con la idea misma del progreso el verdadero sentido de su grandeza. Porque la tradicion es quien nos dá principalmente el sentido de la grandeza y del progreso: fuera de ella no hallareis sino grandezas egoistas, ó sea pequeñas grandezas; personalidades soberbias que, semejando-se á las agitaciones de la plebe antigua, se vanaglorian de no tener antepasados, para demostrar asi que, no habiendo heredado nada de nadie, todo se lo deben á si mismas. Grandeza pueril y tan manifiestamente falsa, que el hombre que mas se enorgullece llamándose hijo de sus obras, siente la invencible necesidad de dejar á sus descendientes una herencia, un nombre, una gloria que él no recibiera de sus padres; y en tanto sentimos

todos que la tradición es un elemento esencial del progreso, cuanto que introduce en lo presente las grandezas de lo pasado, y lega en lo porvenir las grandezas de lo presente.

De consiguiente, señores, si se quiere que el cuerpo social llegue á la plenitud de su vida, y que la vida propenda hácia el verdadero progreso, es preciso que, admitiendo las transformaciones que el tiempo trae consigo, se conserve en el orden de las ideas, de las costumbres y de las instituciones, el hilo conductor de las tradiciones legítimas.

La mejor salvaguardia de la tradición en la humanidad, son la religión y la familia. La tradición y la familia se funden en una misma idea; la tradición es progreso, y la familia es progreso. La vida que sale del hogar para esparcirse en la patria, no es una ola aislada que se rompe, pasa y mueve; sino una ola continua que avanza á través de las edades. Esa misma vida es esencialmente tradicional, y tiene afinidad simultánea con lo pasado que la precede, con lo porvenir que la sigue, y con lo presente que la rodea. Tal es también la situación del hombre en la familia; colocado entre sus ascendientes que descenden hasta él la posteridad que parte de él mismo, no es otra cosa que un anillo de esa cadena de la tradición, en la cual se estiende la vida: porque la familia es en sí misma la tradición de la vida, y la vida tiene en ella su formación y su origen; tradición en esencia triple y una á la par, que es la riqueza de la sociedad pública que la recibe.

En cada hogar doméstico, donde

la Providencia abriga con su mirada y su corazón la santa sociedad llamada familia, se perpetúan tres tradiciones, y determinan el curso de la vida social en el centro donde se desarrollan: la tradición de las doctrinas que alimenta la vida intelectual, la tradición de las costumbres que alimenta la vida moral, y la tradición de la sangre que alimenta la vida física. En toda familia tiene que haber necesariamente esta triple tradición: tradición de doctrinas verdaderas ó tradición de doctrinas falsas; tradición de buenas costumbres ó de malas costumbres; tradición de sangre pura ó de sangre impura. Sea lo que se quiera la tradición procedente de la propiedad, del patrimonio material, y de la herencia accidental, solo aquellas tradiciones son herencia inevitable, patrimonio esencial que los hijos llevan consigo en los senderos de su propia vida; es decir, doctrinas, costumbres, sangre. Y toda la vida intelectual de la sociedad, toda la vida moral de la sociedad, toda la vida física de la sociedad, en una palabra, toda la vida de la patria, se compondrán necesariamente de todas estas sustanciales herencias, legadas á todas las posteridades, herederas de todas las paternidades.

Acabais de ver, señores, cómo en primer lugar la sociedad doméstica influye naturalmente sobre la sociedad pública: es la vida que hace por la generación, que se desarrolla por la educación, que se trasmite por la tradición; mirada bajo estos tres aspectos, es lo que yo he llamado sociedad principio, madre fecunda de la patria.

¶ Pero la sociedad doméstica es no solo el principio de la sociedad pública, sino también su mas perfecto ejemplar, y aun pudieramos decir que es la sociedad modelo; de tal manera, que toda vida social bien ordenada debe ser su imagen y semejanza. No trataré yo aquí de seducir vuestro juicio excitando vuestra imaginación, ni os mostraré, como tipo de la sociedad pública, el idilio social cantado ante los pueblos por la poesía de los reformadores. No me parece fácil cosa realizar en el orden público el ideal de la familia con toda su fraternidad, con toda su hermosura, con todos sus encantos; ni me inspiran gran confianza las bellas ilusiones en que una poesía fantástica quiso meter á crédulas generaciones de otros tiempos, mostrándoles en perspectiva el paraíso cada vez mas remoto de la gran familia humana, tantas veces prometido á nuestro siglo con el nombre de republica social y fraternal.

La familia es la familia, y la sociedad es la sociedad; diversas con profunda diversidad serán siempre una y otra: pero no dejará nunca la primera de ser tipo de la segunda: la sociedad pública no será jamás lo que es la familia; pero será tanto mas perfecta cuanto mas se le asemeje, pues la familia es, como acabamos de verlo, el principio de la sociedad, y en todos los órdenes de cosas, la perfección consiste en asemejarse á su principio.

La familia tiene una constitucion que los hombres no pueden alterar, porque es obra de Dios mismo. Pudiera decirnos que así como Dios hizo al primer hombre á su imagen, así tam-

bien hizo á su semejanza la primera sociedad.

La familia, tal como Dios la ha constituido, tiene su tipo inmutable en las tres Personas Divinas que, en la unidad de su sustancia, constituyen una sociedad eterna. No entraremos ahora en estas misteriosas profundidades pues no me propongo mostraros directamente la sociedad divina, tipo de la sociedad doméstica, sino la sociedad doméstica tipo de la sociedad pública.

La constitucion de la familia es sencilla, como todo lo sublime; compónese de tres solos elementos armoniosamente unidos: el padre, la madre, el hijo; es decir, compónese, considerada como sociedad doméstica, de un rey, de un ministro, de un súbdito, ó lo que es igual, de una autoridad, de una obediencia y de un ministerio. En estos tres elementos se hallan los caracteres grabados por la mano de Dios, y que hacen de la familia el perpétuo modelo de toda sociedad, á saber: una autoridad *indiscutible*, un ministerio *leal*, (*devoué*) y una sumision *afectuosa*.

La familia así constituida, es el ejemplar de toda sociedad bien ordenada; es el compendio mas magnífico del derecho social; es la escuela popular de toda política grande; es la obra maestra de los gobiernos y de las sociedades.

Todo organismo social, á despecho de la multiplicidad de sus resortes, puede siempre reducirse á estos tres sencillos elementos: el hombre autoridad, el hombre ministro, el hombre súbdito; y para que estos tres resortes de la organización social sean unan y funcionen con armonia es for-

zoso que no pierdan los caracteres que acabamos de señalar en los elementos de la constitucion de la familia.

En primer lugar, para que la sociedad sea perfecta, ó al menos progresiva, es menester que en ella la autoridad sea *indiscutible*. No trato ahora de demostrar la necesidad de la autoridad, pues esto ya lo hicimos el año anterior; trato solo de establecer un atributo necesario á toda autoridad social. La autoridad hemos dicho no es una fuerza material, sino una fuerza moral, que tiene su punto de apoyo en las almas, y que reina en el imperio del derecho, aunque esté inerme.

Siendo esto así, claro está que la primera condicion de la autoridad, no solo para ejercer su prerogativa, sino aun para existir, es que de ningun modo se halle sujeta á discusion. La discusion que versa sobre la sustancia misma de la autoridad, es una espada que la asesina. La autoridad, ó es indiscutible, ó no existe: en el hecho mismo de ponerla en discusion, deja de existir para el que la pone: podrá quizas, por algun tiempo todavia, usar de su fuerza material y aun hacerse temible; pero su fuerza moral queda herida de muerte podrá ser para el súbdito un poder que le subyugue, no una potestad ante quien el se incline. Verdad conservadora es esta, que si para todos los hombres es como un sentimiento natural, para los encargados del gobierno de los pueblos es de una evidencia todavia mas luminosa. Por eso no hay gobierno que, al querer ser aceptado, no soio como poder, sino tambien como autoridad, no co-

mience por proscribir toda discusion acerca del principio de su existencia: tan invencible y tan unánime es el convencimiento de que una autoridad discutida es una autoridad perdida sin remedio y que para ella, el hecho solo de ser puesta en duda es tanto como morir.

Y no es menos cierto que, por la fuerza misma de las cosas, suele no morir sola ella. Las autoridades que Dios pone en el mundo para gobierno de los hombres, quierán ellas ó no, se enlazan y sostienen unas á otras: tienen en su respectiva suerte una mancomunidad maravillosa, porque tienen en sus raices multitud de afinidades secretas y de vinculos ocultos. Pudiera comparárselas á los árboles de un mismo bosque cuyas raices se juntan y entrelazan debajo de tierra. Del propio modo, en el órden moral hay un vinculo profundo que liga y anuda misteriosamente las raices de todas las autoridades para prestarse un reciproco sosten mientras permanecen estables, y para comunicarse mutuamente las sacudidas cuando alguna es removida en su fondo: su consistencia ó su vacilacion están en razon del impulso con que se las quebranta, ó del apoyo con que se las fortifica.

(Se continuará.)

ASTORGA.—1860.

Imprenta de D. Antonio Gullon.